



## LOS MÉDICOS Y EL IDIOMA

por el

Profesor Dr. CARLOS BLANCO SOLER

Madrid.

La invitación que el eminente secretario de la Real Academia hace a los médicos (1) para que colaboren en un gran diccionario de la lengua española debe ser aprovechada y agradecida en extremo.

Pues si indudablemente somos sin querer un poco artifices del idioma, seámoslo ahora con sana intención y gentileza.

La literatura ha vivido, y vive hoy más que en otras épocas, del rico manantial que la Medicina le brinda. Novelas, ensayos y obras teatrales se mueven en el ambiente médico, y es el problema patológico el que proporciona éxito y da interés. «Cine» y humor son también tributarios de nuestro campo. Posiblemente acabaría gran parte de la risa del mundo si se olvidara la Medicina.

Y si muchas veces se hunden las modernas raíces del arte, de las letras y del «cine» en un cenagoso ambiente de anormalidad, otras, en cambio, saben dar lozanía y gracia si se manejan sin ligereza y con talento.

La historia de la Literatura está llena de sabor médico, y así, por ejemplo, *El elogio de la locura* tiene, más que de haber literario, de enseñanzas para aficionados y doctores. El *Quijote* alumbró caminos a seguir a físicos y cirujanos.

La Medicina se asomó a las buenas letras con la Escuela de Salerno, en aquel poema *Regimen Sanitatis Salernitanum*, y después, cuando Francastor cantó en *Syphilis sive morbus gallicus* la enfermedad azote de los aficionados a los placeres de Venus. Toda la astrología de la Edad Media es una maravillosa literatura, en donde se mezclan las ideas más peregrinas con las expresiones más bellas. Y lo mismo diríamos de los herbarios, desde el de Dioscórides en adelante. ¡Y no es magnífica literatura las teorías médicas de todos los tiempos, desde la *del espíritu vital* al *flecharo del duende*, y desde el *mal de ojo* al *psicoanálisis freudiano*!...

En una obra filosófica se describe por vez primera la circulación pulmonar; Paracelso tiene tanto de literato fabulador como de sentido científico. La propia vida del extraordinario doctor suizo es un tema

que ha dado lugar a muchas y admirables biografías, que han deleitado a las generaciones que le sucedieron. Exactamente sucede con Jerónimo Cardan, cuya autobiografía *De Vita Propia Liber* puede compararse a las mejores de su época, y sería prolijo recordar que en cada médico célebre hubo siempre un estimable escritor: Battista Morgagni, de quien dijo Castiglioni que «era un maestro en el mejor sentido de la palabra»; Richard Bright, cuyo libro *Travels through Lower Hungary* no se sabe si admira más por su valor científico o por el modo como está redactado; J. V. Simpson, que casi apagó su gloria de cirujano con sus manes de escritor y arqueólogo, y en semejante caso se hallan los *Viajes a diversas comarcas*, de Ambrosio Paré; la *Autobiografía de Samuel Gross*, las *Memorias y cartas de sir James Paget*, las obras de Oliver Wendell Holmes, las *Chácharas de café*, de Cajal; la producción de Amalio Gimeno, Ortega Morejón, etc., etc...

¿Es pura casualidad que el único Papa a quien Dante encontró en el Paraíso fuera a la vez médico y hombre de letras?...

Y es que el médico no «specula sólo sobre el cuerpo», como vulgarmente se dice, sino que lo hace, y con mayor intensidad, sobre el psiquismo de sus enfermos. Por ello tiene tanto vigor literario la Medicina. Es el médico, ante todo, humano, y, por serlo, llegará a curar a sus semejantes. Se explica de este modo cuanto venimos comentando y el que la literatura, el idioma y la vida tengan ese impalpable sabor médico que les da energía y aroma.

Bastaría todo ello para que acudamos solícitos a trabajar en ese diccionario, con mayor autoridad que otras profesiones.

Pero se deduce de lo esbozado que las fichas que enviemos no habrán de ser frías, escuetas, sino que llevarán un comentario personal. Pues si cada palabra tiene su alma, es al través de muchas interpretaciones como ésta se define. Nada de copiar ni de hacer bibliografía de acarreo; pensemos sobre lo que escribamos y dejemos a la alta autoridad de la Academia el discriminar sobre cada caso.

Me apresuro a consignar, para posibles intranquilidades académicas, que los comentarios a que me refiero habrán de ser serios, *parcos* y oportunos.

(1) MEDICAMENTA, 124, 243, 16-IV-1947.